

número 9 (septiembre 1994) LITERATURA MEXICANA DE HOY Jornada del 3 de noviembre de 1993

Organizada con el apoyo del Fondo Nacional de la Investigación Científica de Bélgica (FNRS-NFWO) y de la Universitaire Instelling Antwerpen (U.I.A.)

INTERVENCION DE JOSE AGUSTIN

Para citar este artículo: José Agustín. "Intervención". *Literatura Mexicana de hoy*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 9, Ocampo, M. E. y Montalvo, Y. (eds.). 1994, pp. 28-41. ISSN 1784-5114. Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page id=7464

Le estoy muy agradecido a la universidad por esta invitación, esta oportunidad de poder estar aquí con ustedes y en especial a la profesora Jacqueline Covo cuya presentación, el día de hoy, tan precisa en conocimientos acerca de los problemas mexicanos, ha sido muy iluminadora.

Ella en su exposición se detuvo con algún detalle en las cuestiones de la contracultura y dado que a mí no se me pidió específicamente un tema sobre el cual hablar, quisiera aprovechar la oportunidad que las palabras de la profesora Covo me ofrecen para hablarles de un autor que está muy relacionado con todo esto y pienso que quizás al hablarles de este autor puedan esclarecerse algunas de las cuestiones fundamentales en torno a este tipo de literatura y a los problemas de la contracultura.

Me refiero a un escritor, que, por desgracia, ha trascendido poco, pero que quizás algunos de ustedes conozcan. Me refiero a Parménides García Saldaña. Este era un joven escritor que tuvo su actividad más importante a fines de los años sesenta y a principios de los años setenta y que por una serie de circunstancias, vino a fallecer en lamentables condiciones en el año de 1983.

Parménides García Saldaña nació en el Estado de Veracruz en la ciudad de Orizaba, pero en realidad siempre fue una persona eminentemente urbana. Su padre se trasladó de Veracruz hacia la ciudad de México cuando Parménides estaba muy joven y a Parménides entonces le tocó crecer en este contexto de los años

cincuenta en que los jóvenes empezaron a tener una importancia cada vez mayor en la vida social.

Los niveles de la vida mexicana en los años cincuenta, como dejaba ver un poco la presentación de la profesora Covo, eran muy peculiares. Los jóvenes en cierto sentido tenían un mundo que aparentemente era ilimitado: se les ofrecían perspectivas esplendorosas, el régimen en su discurso tradicional planteaba que todo estaba a favor de la gente en México, especialmente de los jóvenes de la clase media. Se decía que estábamos viviendo un momento económico muy importante, que se había logrado solucionar los problemas fundamentales del país. Se había echado a andar una industrialización y una modernización de México y esto, en un momento dado, permitía que las clases medias llegasen a tener mayor acceso a las fuentes de la riqueza, mayor acceso a las fuentes del conocimiento. Se planteaba entonces que había inmensas posibilidades para la gente joven en el país. Podían estudiar, podían desarrollarse, podían ser ellos mismos y con el paso del tiempo naturalmente llegar a obtener el timón de la patria y conducir el barco de la nación sin mayor problema.

Sin embargo, la realidad estricta era que la situación no era exactamente así. Muchos de los jóvenes que vivíamos en esa época, sentíamos que aunque el discurso nos presentara un panorama idílico, una suerte de Disneylandia mexicana, la realidad nos metía en una especie de camisa de fuerza. Había un mundo de grandes posibilidades, pero por otro lado, también había limitaciones enormes.

Las condiciones de la vida en México estaban cargadas todavía de muchos atavismos, de muchos convencionalismos, de

muchos prejuicíos. Domínaban, y esto no quiere decír que se hayan solucionado hasta la fecha, cargas tremendamente negativas como era el terrible machismo nacional, el racismo (la discriminación contra los indios era muy, muy grande), un fuerte clasismo también, una tendencia a dividir el país en estratos claramente visibles en las clases sociales. Y el joven entonces resultaba que no podía tener espacios verdaderos de movimiento, de verdadera libertad. El mundo se le planteaba muy bien, pero la realidad, pues, no lo era tanto.

Buscó entonces el joven formas de escape, maneras de cómo lograr evadir esta situación. Y los elementos de la cultura y en cierta forma de la contracultura también, le permitieron un respiradero, una posibilidad de encontrar su propio lenguaje, sus propias expresiones, aunque éstas aparentemente se circunscribieran a un medio relativamente estrecho.

Parménides en ese contexto, entonces, estudió en buenas escuelas de clase media, vivió una vida aparentemente cómoda, pero pronto entró en contacto con la sociedad que le ofrecía este mundo promisorio y cuya realidad no lo era tanto. Estuvo en escuelas privadas, desarrolló sus capacidades literarias y su sed de lectura lo mejor que pudo, y su padre, que tenía un poco de dinero, lo envió a estudiar a Estados Unidos.

Parménides como buen joven de esa época se había interesado muchísimo por dos grandes pasiones. Una de ellas era la literatura. Era especialmente adicto a la literatura de los Estados Unidos. Autores como Norman Mailer, como Scott Fitzgerald, como David Salinger eran vitales para él. Y por otra parte, el mundo que le entusiasmaba era el mundo de la música

"rock". Desde un principio, éI nació en eI año 1944, le tocó presenciar los albores de esta música de la cual se volvió un gran conocedor y un admirador definitivo. El "rock" le atrajo tanto, y con ello también todas las manifestaciones musicales ligadas, como eran el "rhythm and blues" o el "blues" mismo, que cuando Parménides fue a estudiar a la ciudad de Baton Rouge en Estados Unidos pronto se escapó de la escuela que le parecía sumamente castrante, limitante. Mejor se lo pasaba en los pequeños bares de negros oyendo "blues", oyendo la música folclórica, oyendo el "rock and roll" que estaba surgiendo allí. Esto naturalmente le generó muchos problemas con la escuela. Y pronto sus padres se lo tuvieron que traer de regreso. Decidió entonces estudiar economía.

Su padre tenía, dentro de su mundo pequeño-burgués, tendencias hacia el marxismo y orientó a su hijo hacia los estudios de la economía para ver si se interesaba por las realidades sociales y políticas del país. Parménides empezó a estudiar economía en la universidad de México y ciertamente le interesaba mucho todo este panorama, pero también pronto la vida universitaria le resultó difícil de soportar. Tuvo la necesidad de una especie de "job out", como se decía en aquella época, de salirse del marco del sistema y no concluyó los estudios.

Todo esto además se complicaba con el hecho de que desde su nacimiento había padecido una lesión cerebral que era congénita y que si se medicaba podía solucionarse sin mayores problemas. Tenía, por lo tanto, que consumir una cantidad de medicamentos, drogas, que lo estabilizaran para poder desarrollarse lo mejor posible. Pero su temperamento era muy volcánico. Era una

persona que estaba verdaderamente ansíosa de vivir, con una gran capacidad expresiva y con una voluntad de rebeldía verdaderamente notables. Desde muy jovencito empezó a lidiar en un mundo que, por una parte, estaba muy enriquecido por la cultura y, por otra, le fomentaba toda la indocilidad a través de la contracultura y del espíritu de insubordinación juvenil de aquella época que generaron la revolución cubana en muy buena medida y las luchas sociales en México. Además sus propios problemas mentales le producían momentos de depresión o verdaderamente maniáticos que hacían que su conducta no fuese en ningún sentido típica.

Empezó a escribir desde muy temprano; prácticamente desde príncipios de los años sesenta elaboró sus primeros textos. Conoció a Emanuel Carballo, un crítico mexicano de renombre en aquella época, que lo protegió, lo recibió en su casa, le leyó los textos, le ayudó a corregirlos y le quitó de encima lo que consideraba como una horrible tendencia hacia formas de realismo socialista. Carballo le hizo ver que todo esto no tenía el menor sentido, que encauzara su expresión hacia formas literarias que no fuesen tan limitantes y esto fue algo que sin duda le sirvió mucho a él.

Entonces Ios cuentos que escribió Parménides en ese tíempo, se empezaron a caracterizar por ser textos sobre la gente muy joven en la ciudad de México, especialmente de jóvenes de la clase media. Estos mostraban entonces una radiografía de la clase media mexicana con un grado elevado de intensidad. Sus textos en el fondo, sobre todo su libro de cuentos El rey criollo, vienen a ser críticas demoledoras sobre la clase media mexicana. Pero él no estaba criticando solamente al mundo adulto. El objeto

de esta crítica incisiva también eran los mismos jóvenes de esa clase de mentalidad en muchísimas áreas muy discutible; sobre todo ésos con más dinero que eran muy prepotentes, eran muy arrogantes, eran muy machistas; despreciaban el papel de la mujer y tendían a ver la vida de una manera, como se decía en aquella época, muy cuadrada. Entonces a Parménides este tipo de joven, aunque era su misma estirpe, su mismo grupo, en cierta forma, le repugnaba y muchos de sus textos fueron críticas terribles en contra de este contexto.

Al mismo tiempo su tendencía "rocanrolera" lo llevó a jugar con las palabras, a tratar de generar un cierto ritmo en la literatura que se mostró entonces como una manifestación ágil, vivaz, brillante, en la que las palabras recurrían mucho al caló juvenil, recurrían mucho a los problemas juveniles y, de esa manera, comenzaban a mostrar un espectro primordial de un México que se estaba desarrollando muy intensamente en ese periodo.

Parménides escribió, pues, sus primeros cuentos bajo el auxilio de Emanuel Carballo y poco a poco se fue metiendo en la literatura. Uno de los momentos más importantes de la primera parte de su vida fue el auge de literatura juvenil que tuvo lugar en México a mediados de los años sesenta. A partir de la publicación de mis libros De perfil y La tumba, y especialmente de la novela de Gustavo Sainz, Gazapo, mucha gente en México se dio cuenta de que los jóvenes tenían muchas cosas que decir y que las estaban expresando en un tono y en un lenguaje distintos. Entonces un par de editores, entre los cuales se encontraba este crítico Emanuel Carballo, y un viejo librero español, don Rafael Jiménez Siles, urdieron un plan desconcertante que consistía em

pedír a autores de menos de treinta y tres años de edad que escribíesen sus autobiografías.

Se inició así una serie muy comentada, bastante polémica que se llamó "Nuevos escritores mexicanos del siglo XX presentados por sí mismos" y resultó que había un mundo de escritores menores de treinta y tres años muy sugestivo, muy vivo, muy plural, que tenían manifestaciones muy distintas y concepciones de la vida y de la literatura diferentes, pero que eran hasta cierto punto complementarias. La serie introdujo algunos textos memorables y me gustaría mencionar, en particular, la autobiografía de Carlos Monsiváis que es verdaderamente antológica, la de Salvador Elizondo que fue un texto espléndido, la de Gustavo Sainz que también fue muy notable, la de Vicente Leñero, la de Sergio Pitol, la de Juan García Ponce. En fin eran varios los autores jóvenes que estaban produciendo en esos momentos y que hicieron ver que la literatura juvenil o relacionada en cierta forma con gente joven y con la juventud tenía una gran importancia en nuestro país.

Ante el éxito polémico de esta serie de autobiografías, la editorial Diógenes, creada por aquellos años, propuso entonces un concurso de primera novela para autores jovencísimos y a este concurso concurrieron varios escritores. Y los finalistas resultaron ser el autor Orlando Ortiz con El caso de Buda, Margarita Dalton que escribió la primera narración psicodélica mexicana que se llamaba Larga sinfonía en D, cuyas iniciales, como en la canción de los Beatles "Lucy in the sky with diamonds", decían LSD: era la primera novela que se escribía en México acerca de las experiencias con la droga alucinógena del

ácido lisérgíco. Entre estos autores se encontró naturalmente Parménides García Saldaña que escribió para este concurso su primera novela *Pasto verde*.

Pasto verde es una obra muy fuera de lo común dentro del cuerpo de la literatura mexicana. Yo la considero como un enorme ejercicio de libertad estilística. Esta libertad en momentos es extrema, está llevada a puntos que quizás puedan considerarse que adolecen de cierta redundancia o autoindulgencia autoral y que requiriesen quizá ciertas podas. Había momentos en que el texto se empezaba a atascar en la reiteración de algunos temas y palabras, pero también contenía momentos brillantísimos de un humor verdaderamente extraordinario, muy, muy audaz, virulento también y que a la larga representaba una gran catarsis literaria. La enfermedad mental que padecía Parménides por esas épocas se empezó a agravar y no se agravó de una manera casual sino porque en cierta forma el mismo Parménides la buscó. Dejó de tomar sus propios medicamentos y de esa forma los ataques de locura, verdad, se le empezaron a venir de una forma muy fuerte. En el año 1967 tuvo su primera estancia en un manicomio en la ciudad de México de donde salió sumamente trastornado. Y estas experiencias están narradas de una manera oblicua en Pasto verde.

La novela es el deambular de un personaje absolutamente contracultural que hace su propia vida en rechazo total al sistema y que muestra su insatisfacción profundísima en cada uno de los pasos que da. Esto lo va conduciendo a un mundo de locura. El libro concluye con un largo viaje de ácido lisérgico que toma el personaje, emblema del mismo Parménides, naturalmente, y que lleva la narración a niveles de una intensidad conmovedora. Esta

intensidad lo condujo a él a la larga hacía un alejamíento de la realidad. La novela se cierra con una frase muy significativa que curiosamente se perdió en las reediciones subsecuentes del libro. Era una frase que estaba colocada dos líneas abajo de la parte final del texto y al reeditarse posiblemente se cayó. La frase decía: "Fuera de mí, fuera de mí, dentro de mi propia fantasía". Es decir, que de alguna manera, Parménides estaba ya tratando de rechazar no sólo el sistema político, económico y social que se vivía, sino también la realidad misma. Estaba tratando de meterse en su propio mundo y a partir de él extraer todo un universo de experiencias y de planteamientos en el orden literario.

Pasto verde entonces resulta una novela fuera de lo común. Sin duda es un libro que siempre será considerado dentro de la historia de la literatura mexicana --por supuesto, no en el gran cuerpo del "mainstream"-- como una suerte de recuadro, muy peculiar, que hasta la fecha, creo yo, no tiene ningún paralelo, ningún precedente, ni tampoco ningún hecho posterior que se le asemeje. Es un libro totalmente fuera de serie.

Parménides, a partir de su primera estancia en el manicomio, se volvió cada vez más salvaje. Tomó la horrible costumbre de ir a casa de sus amigos y de sus benefactores a apedrearles las ventanas, a romper todos y cada uno de sus vidrios, a cortarles la luz eléctrica, a romper los cables telefónicos y a armar alborotos tremendos. Su anecdotario en ese sentido es prácticamente ilimitado. Llegó a hacer todo tipo de escándalos en la vida literaria mexicana, pues, conforme iba pasando el tiempo, se iba incrementando por una parte su propia locura y por

otra, su rebeldía .

Se metió mucho también en el mundo del "rock and roll" mexicano. Estableció contacto con un grupo que entonces tenía el título en inglés, "Three souls in my mind", y que con el paso del tiempo, veinte años después, acortó el título hasta nombrarse solamente el "Three". Este grupo es muy importante en la vida mexicana porque en cierta forma es el responsable del nacimiento del verdadero rock nacional. Y Parménides en ese sentido viene a ser una especie de eminencia gris, una suerte de asesor espiritual literario del grupo: les ayudaba a elaborar las letras, compartía con ellos una serie de experiencias vitales muy intensas. Esto hizo que nuestro escritor se volviese una persona indispensable en el medio del rock y también en el medio de lo que entonces se empezaba a conocer como la Onda en México: un fenómeno social fundamentalmente de jóvenes de clase media, pero que pronto albergó a otros de condición más pobre que se fueron incorporando a estas formas contraculturales para mostrar su rechazo hacia la sociedad. Tenían mucho que ver con los "hippies" estadounidenses, pero el movimiento estudiantil del 68, de una manera tangencial, les influenció mucho y entonces se generó una clase de hippismo más flexible, más atenuado que fue conocido como la Onda.

Parménides en ese sentido fue parte esencial de la Onda. Anduvo con todos los grupos que hacían grandes peregrinaciones al pueblo de Huautla de Jiménez a comer hongos halucinantes, que hacían también peregrinaciones cuasi-sagradas a la región del Real del Catorce para poder conseguir el bellote y que tenían una cualidad no mala que los hacía circular, deambular por muchos

lugares de la República Mexicana.

Esto llevó a Parménides a escribir un libro peculiar, muy suí generis publicado en el año de 1970, que se titula En la ruta de la onda, que trató de mostrar con su estilo, de un modo anticonvencional, rompiendo todos los parámetros académicos, todas las formas tradicionales de presentación de una tesis de esa naturaleza y que quizá se convirtió en el primer texto en torno a la contracultura en México. Es un libro caótico y sugestivo, que mezcla toda una serie de niveles porque el mismo Parménides en ese momento ya tenía una visión de la realidad en la cual se confundían la literatura, el "rock and roll", la contracultura y por supuesto la locura. Este espacio de la locura de Parménides es muy importante porque, en verdad, en momentos en que se hallaba presa de ataques culminantes se producía en él una lucidez de la locura. En medio de estos arranques, empezaba a decir cosas de una clarividencia extraordinaria que a la gente que estábamos a su alrededor nos sorprendían muchísimo y nos enseñaban muchísimo también.

Naturalmente, la locura trajo consigo problemas gravísimos, como el internamiento cada vez más frecuente en distintos manicomios, algunos públicos, algunos privados y sobre todo problemas cada vez más graves con su propia familia. En cierta forma, cuando despuntó la década de los años setenta, Parménides hizo un esfuerzo enorme por recuperar la cordura. Trató de volver a medicarse, trató de domesticar su mente, trató de domar esas fuerzas terribles que lo estaban impulsando en todas direcciones, pero también sus tendencias hacia la desintegración eran muy altas y no pudo realmente vencerlas. Así es que hubo un

momento en el cual se vio envuelto en un problema terrible con su familia. Explotó en una pelea salvaje con sus propios padres y presa de un ataque de locura tremendo se lanzó contra su madre para asesinarla. El padre que ya estaba bastante fastidiado de estos arranques que solía tener Parménides, se escandalizó naturalmente, así que mandó llamar a la policía y sin más, ya no pensó que era conveniente meterlo en un manicomio, sino que lo mandó directo a la cárcel.

Pero Parménides tenía una tía, Magdalena Saldaña, que era periodista en el Excélsior y que lo quería mucho. Ella tenía ciertas influencias en los medios judiciales y se encargó de que lo soltaran al poco tiempo. En una semana o quince días logró Parménides estar afuera. Tan pronto como salió se chupó dos fumadas de marihuana, lo que solía ponerlo en un estado como si se hubiera comido quince hongos halucinantes, se bebió una cerveza, lo que lo llevaba a un estado como si hubiera bebido catorce botellas de mezcal y se puso totalmente loco. Entonces regresó a su casa para completar su obra inconclusa de asesinar a su madre. La volvió a tratar de asesinar. Sus hermanos estaban allí presentes, se lanzaron sobre él, le dieron una tremenda golpiza y de nuevo lo mandaron a la cárcel. Esta vez ya no hubo influencias de ninguna tía que lo pudieran salvar y pasó varios años en la cárcel de Lecumberri, el famosísimo palacio negro de Lecumberri, donde el hombre se encontró en circunstancias dramáticas.

Si estar en la cárcel es estar en el último escalón de la sociedad, estar loco en la cárcel es quizás una de las condiciones más peculiares y más terribles que se puedan experimentar. Allí además le tocó a él conseguír como maestro espiritual, por decirlo de alguna forma, a una suerte de psicópata, un intelectual mexicano muy interesante, que tiene una vida absolutamente de leyenda novelesca, que se llama Guillermo Russet. Es un gran traductor de textos, célebre por las que hizo de Ezra Pound, pero que también bajo el arquetipo de los grandes locos, se ha dedicado a hacer cosas tremendas. Así es que la combinación de Parménides y Guillermo Russet en la cárcel de Lecumberri hicieron que Parménides saliera de la cárcel en condiciones pésimas. En lugar de curarse, la cárcel lo agravó.

Salió ya prácticamente con la mente deschavetada, en momentos tenía capacidad de escritura notable y de esa forma logró escribir un libro que a mí me parece lo mejor de su pluma. El lo tituló *El callejón de los blues*. Eran cuatro textos extensos que rebasaban con mucho lo incipiente, lo primario de sus primeros textos, que mostraban ya una mayor agudeza literaria, una mayor capacidad para orquestrar y para ordenar los materiales literarios y que sobre todo tendían a una mayor profundidad. Todas las experiencias que había tenido le permitían a él, de pronto, poder desplomarse hacia verdaderos abismos en los cuales ciertamente tocaba fondo y la intensidad de Parménides en ese sentido fue tremenda.

Bueno, la cárcel dio cuenta de la vida de Parménides, quien acabó muriendo en el año de 1983 en condiciones muy tristes y miserables. Se murió prácticamente de un catarro que no fue atendido; se quedó encerrado en un cuarto de hotel donde vivía y allí falleció. Yo creo que es un personaje apasionante y por eso quise un poco narrarles la historia de él porque en cierta

forma se pueden ver algunos de los problemas de los jóvenes en los años cincuenta, sesenta y setenta y espero que estas palabras que yo les he pronunciado les sirvan para incitarlos a ustedes a conocer la obra de este señor. Muchas gracias,